

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 8 de Marzo de 1879.

LOS PARÁSITOS DE LA CARNE.

Se ha puesto de moda de algunos años esta parte comer la carne poco asada, es decir, sangrienta y medio cruda, y no faltan fanáticos que la comen sin preparacion ninguna y sin que haya sentido siquiera el calor del fuego.

Verdad es que la carne poco asada se dijere mejor que la muy cocida; pero tambien lo es que puede adoptarse un término medio sin cansar los órganos digestivos y evitar el inconveniente gravísimo que presenta la ingestion de carnes poco asadas ó cocidas.

Ciertas carnes, la de vaca y ternera, por ejemplo, contienen con mucha frecuencia numerosos parásitos. Los parásitos de estos ruminantes se instalan con gran facilidad en el cuerpo humano, fijándose en sus órganos más recónditos y profundos, y por tal manera, á consecuencia de un «cisticercos» sangriento, hemos de resignarnos á vivir, de buen ó mal grado, con tan incómodos huéspedes.

La «cisticercosis», enfermedad, se propaga desde hace algun tiempo con abundancia tan extraordinaria como inquietante, y generalmente se atribuye la causa al uso, cada vez más generalizado, de la carne apenas asada.

Y, en efecto, la «cisticercosis» que se observa tan frecuentemente en nuestros días, no es la «cisticercosis» que resulta del cisticercos del perro, sino la «cisticercosis» mucho más activa que la precedente, y que es propia de los ruminantes.

Los señores Masse y Pourquier, de Montpellier, acaban de verificar algunos ensayos que demuestran perfectamente el origen de la «cisticercosis» humana, y su modo de transmitirse al hombre. En Montpellier y en Cette la «cisticercosis» inerte se halla literalmente alimentada en las personas; y de aquí, por los experimentadores han podido estudiarla con desprecio. Han tomado, por ejemplo, anillos de «cisticercos» cargados de huevos, y el 10 de Mayo último los hicieron tragar á un perro, á un conejo, á dos corderos y á una ternera de un mes. Tres dias despues se renovó la ingestion de los anillos de la «cisticercosis».

A los cuarenta dias mataron uno de los corderos, el conejo y el perro, y no se halló en ninguno de ellos la menor señal de cisticercos, ni en los músculos ni en las vísceras, pero la ternera, veinte dias despues, del experimento, empezó á presentar síntomas de enfermedad, y de esta suer-

te fué agravándose su estado hasta el sexagésimo dia, en que fué muerto el animal, y se le encontró entre la lengua y los grandes molares un quisto, y cuarenta más con cisticercos de forma casi ovoidea y de las dimensiones de judías pequeñas. Estos cisticercos eran todos la «cisticercosis» inerte.

Por lo tanto, y como nada se halló en el perro, en el conejo y en el cordero, esto parece demostrar que no son favorables al desarrollo de los huevos de la «cisticercosis» inerte; y siendo así, el hombre no contrae por medio del conejo ni del cordero el temible parásito de que nos ocupamos. La ternera y la vaca son pues, los que, inficionados del mal, lo comunican al ser humano por medio de sus carnes.

Habian sido ya demostrados estos hechos en Rusia por Chuboff, en Alemania por Leuckart y en Francia por Saint Cyr. M. Potain asistió una mujer que sufría la «cisticercosis» inerte desde un dia que comió corazón de vaca poco cocido. M. Hanne observó tambien casos análogos en personas que solo se alimentaban de carne de vaca poca cocida.

Los señores Masse y Pourquier han observado que el ganado vacuno que adolece de lepra, tiene quistos bajo la lengua. Esto es tambien el síntoma que sirve para reconocer la enfermedad en los cerdos; y así el reconocimiento de la lengua de los cerdos sería bastante para que no fuesen al matadero muchos infestados del cisticercos armado, resultando de aquí que los casos de «cisticercosis» se harían relativamente raros. Por la misma razon debería inspeccionarse la lengua de las vacas y terneras, lo cual evitaría consumir carnes que pudieran comunicar la solitaria.

De todas modos, bueno es que el público sepa en qué consiste el peligro de las carnes de vaca, y que uno de los medios más eficaces de evitar ciertas contingencias, consiste en comerlas bien asadas ó bien cocidas. Por eso las personas que por motivos de salud están necesitadas de comer carne medio cruda, deben hacer uso del conejo solamente, porque todo parece indicar que este animal no es favorable al desarrollo de los parásitos.

En la carne de la vaca se han descubierto por los experimentadores 15 ó 16 clases de ontozoarios, de los que 10, al menos, son comunes al hombre, á la vaca y ternera.

Ultimamente, Prosper Sonsino descubrió tambien en las vacas una de las mas curiosas especies de ontozoarios, hallada en 1851 por M. Bithary, y que se desarrolla en el ganado vacuno en pleno aparato circulatorio, esto es, el «cisticercos» matobium. Este ontozoario se ha

concentrado en la vena porta de la vaca y en una especie de mono, llamado el Mangabey, que se cria en Africa.

Para destruir estos parásitos se necesita una temperatura de 150 grados, si no mayor. Cuando la carne solo recibe el calor en la superficie, es decir, cuando está á medio cocer ó asar, un termómetro colocado en el centro del pedazo no señala más de 50 á 70 grados, y como esta cifra se halla tan distante de los 150 requeridos, los parásitos continúan viviendo, si no se hace subir la temperatura, pasan intactos al hombre y en él se desarrollan con gran facilidad. Y como todo nos persuade tambien de que las lombrices provienen de los animales que comemos, no nos causaremos de recomendar al público la mayor vigilancia en las carnes que sirven para su alimentacion, encareciéndola al propio tiempo que, á pesar de la moda que prescribe lo contrario, no coman ninguna que no se halla asada ó cocida de manera conveniente, y en especial la de vaca, cuando no ternera. — E. DE PARVILLE.

MISCELANEA.

EL NIÑO Y SU CABALLO.

Era muchacho de unos quince años Rodrigo Diaz, cuando ya habia dado muestra de su vocacion de guerrero.

Críbase en Burgos, en cuya catedral un tio canónigo tenia, poseedor, entre otros bienes, de una gran yeguada.

—Ven conmigo, muchacho,—dijo un dia el buen canónigo,—que regalarte he un caballo á tu gusto elegido, par que á guerrear aprendas.

Y llevándole á la magnífica dehesa, puso á su lado y mandó que uno á uno por una puertecilla excusada fuesen saliendo al campo los potros.

Y uno á uno, en afecto, muy hermosos caballos, salian, y el futuro Cid como muerto callaba.

Acertó á salir entre tantos un potrancito enfermizo, delgado, lleno de mataduras y, en verdad repugnante animal.

Al verle Rodrigo, exclama:

—¡Alto! Tío, ese caballo elijo.

—¡Babiaca!—repite amostazado el canónigo.—¡Esa alimaña quieres!

—Babiaca, pues será su nombre, y el tiempo dirá lo que el potro fuere.

Y el tísico pencep fué, en efecto, el gran corcel de batalla que montó siempre el memorable guerrero, que sobrevivió al Cid, y él solo derrotó á los moros, llevando al dorso la armadura completa de su célebre dueño, á quien vivo creían los infieles.

La filoxera del caballo.—Le Darnube, periódico de Viena, publica un suelto capaz de hacer desesperar á los que creen en la eficacia de las tinturas regeneradoras del caballo. Dice así:

«Un entomologista vienés acaba de hacer un invento que tendrá un eco universal. Tras largos y pacíficos estudios microscópicos sobre los infusorios, halló en la raíz del caballo un insecto cuya presencia coincide con la aparición de la alopecia, llamada vulgarmente calvicie. Múltiples y repetidos experimentos le han demostrado científicamente que el sistema capilar humano tiene su «filoxera» como la viña. La acción de este infusorio es sumamente perniciosa. Los jugos capilares disminuyen rápidamente, el cabello cae, el insecto se queda aun en la alveola radical hasta desecarla completamente; vean V despues, cuán quimericas son las promesas de los fabricantes de aguas maravillosas para la regeneracion del caballo.»

VARIEDADES.

GUARDENE V EL SECRETO.

«Este niño es tan bonito, tan de lindo talla, de lindos ojos y de sonrisa tan hechicera, que en un momento fué para ella mi pensamiento. Le pedí asonro, pues la quería, pero la niña con mil ruborces en su semblante dijo al instante que con el tiempo... lo pensaría.»

Fué una modesta mi amor segundo, bella cual poco hay en el mundo; la ví en un baile y al otro dia le dije todo lo que sentía; miróme atenta de arriba á bajo, lo que me dije, tiene que ver y contestóme con desparpajo... Lo pensaré.

De talle esbelto cual la palmera una doncella fué la tercera que mi cariño llegó á encubrir, pero con frase muy maliciosa, frase que á veces no tiene par, me dijo atenta en la mirada de sus ojos que de las palabras pasó eligiendo en el mercado de la plazuela de San Martín que calmaria mi fuego para luego, si no iba... con mal fin.

Fué mi amor cuarto Adelina, mujer tan bella y divina que causó mi admiracion; seguí su paso constante, y con timidez bastante la desléste mi pasión. En distintas ocasiones